

sición frente a la elegancia turística. Con eso, amigo, cábenos lamentar que no tuvimos nunca demasiada suerte. En ningún tiempo — ya que para el caso hombres e ideas no son más que pura anécdota — logramos que en la ciudad tomara el deporte estado oficial en el seno de nuestras Corporaciones públicas. Si te dijera que la ciudad tuvo, como quizá ninguna, un excelente Campo de Deportes, no sería decirte tanto como, si supieras, que fué vendido por aquel entonces con todos los bíblicos honores que podía importar un triste plato de lentejas, artículo que, como no ignoras, valía entonces mucho menos que ahora, que es cuando al agro le ha florecido el oro en sus propias barbas.

—Pero oye, Pablo, ¿es que no puedes sacudirte la tristeza?

—Sí, hombre, sí. ¿Es que no cuentas que voy a hablarte de los árbitros? ¿O es que crees que podría hablarte de tamaños esperpentos con la misma seriedad que hasta ahora hemos venido sosteniendo? Mis gustos por el teatro puede que sean distintos; pero al ribete tocando, prefiero sencillamente el sainete a la tragedia. Lo más chocante del caso, es que el Organismo arbitral continúe llamándose Colegio, cuando la palabra dice muy poco, ante la constancia y magnitud de sus remesas de suspensos. En cualquier curso normal, todo deficiente en junio, renueva su examen en septiembre. Y, en cambio, con el fútbol, temblamos ya por la llegada del septiembre, que es el mes en que vuelven a salir de la crisálida los bronqueados de junio. Y pensar que siempre todavía, se aprovecha el período de transformación, para añadirles nuevas alas. En efecto. Así como modernamente cada institución tiene su lema, yo pondría bajo su escudo oficial un: «¡Qué Dios te dé suerte, hijo, que el saber poco te vale!» La palabra *saber* sería únicamente para despistar, mientras que la de *suerte* es porque la necesitan, tanto, como de co-razón se la deseamos.

Todavía la conversación se fué por mil vericuetos, antes de que Pedro y yo decidiéramos abandonar nuestra atalaya. No van a salir aquí las descripciones al uso, puesto que al lector no puede importarle demasiado si con el declive de la tarde, la noche se nos caía encima, ya que la verdad fué instituída para ser dicha a todas horas.

La gente, eso sí, seguía con el bullicio de su día alegre, cuando Pedro y yo, al descender de la montaña vigía, alcanzamos, casi descomunal, aquel mismo núcleo urbano que, poco antes y desde lo alto, se nos antojó como blanco *pendentif* hábilmente montado para cerrar el escote de alguna dama.

Y Pedro, fiel a su manía por las truculencias, quiso todavía ver entre dos luces la vetusta silueta de nuestro antiguo Cenobio, ya que, según dice, le encanta la fantasía y por ella sabe, que la hora crepuscular es la más a propósito para ver nacer a los fantasmas. Pero, más tarde, y según su propia confesión, nunca como ahora sintió jamás mayores escalofríos de miedo. Y es que Pedro contaba encontrarse con un fantasma de líneas tan gloriosas como lo fué su historia, sin saber que iba a parar ante un tullido,

que con la voz que ronquéó su misma miseria, lanzaba a las almas su trágico alarido con el mismo tono de dolor y de espanto que nos hablan los espectros.

Está visto que nuestro itinerario era, casi en un todo, conforme al nuevo baedeker con que hoy se honran nuestras páginas. Sólo que aquel cumplió por entero su misión idealizando las bellezas de la plástica, mientras que yo, en dolorida peregrinación, debo realizar con Pedro nuestra visita a todas las ausencias. Por ello, ni decir cabría, que en la ruta por nosotros emprendida, figuraba el Hospital con el mayor asterisco.

—Sí, Pedro, sí. Esa es la institución guixolense que un día se la llamó nuestra gloria y orgullo. Pero eso, ya sabes, era sólo cuando todavía al dolor ajeno le otorgábamos el derecho a suplicar nuestra entraña. Que hoy las cosas han variado y por tanto los hechos siguen el curso espantoso que por doquier le marcan las sordideces del alma. ¡Pobre mundo el que deben contemplar los enfermos con el telescopio que les abre su dolor, desde el planeta de su lecho! ¡Cuán raros y extraños debemos parecerles los de ahí afuera, nietos en el cálculo de fáciles y voluminosos coeficientes, que sólo sirven para dar brillo a todas las humanas sandeces, mientras resultan ineptos para todo cuanto presupone la auténtica alegría que comporta el deber cumplido! ¿Pero quién habla de deberes en el siglo en que el mundo ha codificado más derechos? De todas formas, amigo Pedro, confío en que, tarde o temprano, volverá esta Casa a ser lo que antes era. Y ello, no lo dudes, cuando finida la actual distorsión económica que embotó nuestros sentidos, volvamos a recuperar la conciencia que hoy, valiéndonos de la escasez, fué lo primero que, para evitar su estorbo, vendimos de estraperlo.

Muy poco tuvimos que andar, para ofrecer a mi amigo un incómodo sillón que tengo en casa, de esos que la modernidad ha hecho tan achatados como para ser fiel traducción de sus actuales concepciones. Incluso hoy al reposo le quitamos tela, para que luego se la lleven las señoras con la nueva rimbombancia de sus faldas.

Luego, por la noche, salimos de fiesta a gozar de incomodidades mucho mayores que las que puede ofrecer mi sillón, aunque entendiendo que con algo uno debe contribuir al éxito de la mayor y tradicional de nuestras efemérides.

A la mañana siguiente, mi amigo se fué. Se fué contento y satisfecho de haber visto una ciudad que, según me dijo, posee realmente todo el domaine que su fama le acredita. Y todavía cuando se me acercó para brindarme su cordial abrazo, sentí como si la ciudad temblara en su propia alma, ya que por algo, según reza el decir, tiene la ciudad tan buena entrada como mala su salida.

Y el coche ya en marcha y en el mismo momento en que Pedro levantó su mano para darme muy cortésmente su último adiós, fué cuando me acordé que, hablando distraído de tantas otras crisis, no tuve para la industria corchera el debido recuerdo.

ENRIQUE DESCAYRÉ